

LA COCHINA DE VALENCIA

Por: Nareden

Llegué a escuchar esta historia en una de tantas pláticas alrededor de una mesa y frente a un plato de frijoles, un molcajete con salsa roja y unas tortillas recién echadas, en una cocinita de techo de lámina en un ranchito entre Las Varas y El Salto, donde fui a visitar a unos amigos y en donde, llegando el tío de la señora de la casa, como oyó que hablábamos de tesoros escondidos, nos empezó a contar un cuento de por aquellos rumbos.

Por ahí de los años veinte en lo que se llamaba el rancho Valencia, más allá del ejido La Cruz, vivía don Feliciano Méndez, honrado campesino de escasos recursos, como muchos, por aquellos años y por esos rumbos. Cuando su esposa falleció, a los días de haber parido su quinta hija, se dijo que de tuberculosis, el señor se encontró en el apuro de criar a la recién nacida, además de todas las otras tareas que el rancho demandaba. Un compadre de él le había dicho alguna vez, que la leche de marrana era muy buena para los niños, y justo unos días antes la marrana acababa de parir. Así que para la recién nacida, seguramente no iba a haber la suerte de disfrutar del pecho y calor de una madre, cosa única e incomparable, pero sí, había manera de sobrevivir, con suerte y con agallas.

Todas las mañanas antes de salir para el monte a tallar lechuguilla, don Feliciano acostaba la marrana en el piso y le lavaba las chiches para que amamantara a su hija, luego le encargaba a la hija mayor a que pusiera a su hermanita, a que tomara todo lo que pudiera y lo mismo hacía de regreso, al atardecer. Durante el día y la noche le complementaban con leche de chiva; total, la niña sobrevivió y se llamo Susana y cuando tuvo edad para poder llevarse las chivas al monte, como a los seis o siete años, eso era lo que hacía durante todo el día, como la mayoría de los niños de rancho, ir al monte con las chivas... ahora, la particularidad fue, que esta niña era conocida en los alrededores (zopilotes, chivas y coyotes, y alguno que otro ranchero) por llevarse al monte también a la marrana.

Sus hermanas le hacían burla y el papá no estaba del todo convencido, pero la niña hacía caso omiso de esos detalles y siguió llevándose la marrana al monte. Decían las hermanas quienes alguna vez la acompañaban, que cuando encontraban una nopalera en su camino, Susana siempre se detenía a cortar una cuantas tunas para ellas; luego cortaba y pelaba dos para la marrana.

Pero se vino la Semana Santa y unos hacendados de la sierra de San Carlos vinieron a ver a

don Feliciano para comprarle la marrana, a que se la descuartizara y que se la hiciera chicharrón para la fiesta del domingo.

Don Feliciano ya sabía lo que se venía con su hija, pero sobrevivir en el rancho es difícil y cuando caen unos centavitos, hay que aprovecharlos porque no es muy seguido, aún más en aquellos años.

Ese día no fue al monte don Feliciano y a la hora que la niña salía con las chivas, le dijo de manera muy firme que no se llevara la marrana. Más al rato, cuando su hija ya había salido cargó la marrana en la carreta y se fue para el rancho de un compadre, a que le ayudaran.

Al regreso del monte la niña llevaba las dos tunas consigo para dárselas a la marrana, pero cuando la fue a buscar, al no encontrarla en su corral, fue luego a preguntar a las hermanas, pero se encontró con un silencio elusivo y ojos esquivos. Al no ver la marrana ni la carreta, supo por qué su padre ese día no la dejó llevar a la marrana. La vida en el rancho es muy dura, así que los que se crían en el rancho, se espantan menos de las situaciones duras de la vida, digamos, en general no se andan con sentimentalismos, están acostumbrados a tener menos y así sufren menos quizás, o lo aparentan, cuando se les quita algo, sin embargo el dolor de la pérdida de algo querido es un sentimiento humano universal que casi siempre desemboca en llanto y en tristeza aquí y en China, ayer hoy y mañana.

La niña se fue a su cama, la suya y de sus hermanas, a llorar en silencio, porque por aquí no se acostumbra ser muy ruidosos, se escondió debajo de la almohada, conociendo en lo oscuro de sus ojos cerrados, los primero piquetes de unas espinas invisibles en el corazón.

Cuando don Feliciano regresó del rancho del compadre, encontró a la hija hecha bolita en una esquinita de la cama, la miró un segundo y luego le dijo de la manera más suave posible: - Aquí te dejo eso que dejó la marrana para ti, guárdalas bien porque puede que tengan valor – y apoyó las dos monedas que se había encontrado en las tripas del animal.

Cuando yo escuché esta historia tuve curiosidad de conocer ese lugar y preguntando cómo hacer para encontrar el rancho Valencia, me dijeron que ya no existía, pero que una hija de doña Susana habitaba por La Vivienda, pasando San Felipe, rumbo a Zacatecas.

La fui a ver, se llamaba Esmeralda y también me recibió con frijoles y tortillas riquísimas, porque han de saber que en el rancho estas cosas tan sencillas, no sé por qué, pero agarran un sabor de lo más exquisito, son misterios...

Inesperadamente me encontré con la sorpresa de que doña Susana iba a ir a visitar a su hija

en aquellos días, llevada por su otra hija, así que esperé, quemando leña por las noches en el monte y buscando la sombra en el día, de cualquier manera gozando del rostro del desierto potosino, y a la hora del hambre, aprovechando de la generosidad sin par de la gente de los ranchos, quienes siempre le sirven de comer al visitante antes de servirse para si mismos.

Doña Susana, cuando la conocí, tenía casi ochenta años. Me platicó de las dos monedas, dijo que eran monedas de 8 reales de 1811, acuñadas en el mero Real de Catorce, y que por suerte ella las había guardado con mucho cuidado y una vez, cuando ya jovencita había ido a Monterrey, y en una tienda de monedas se las habían cotizado en un muy buen dinero, pero que las guardó hasta el momento de casarse, de hecho con lo que consiguió de su venta se pagaron los gastos de las fiesta. Luego le pregunté sobre lo de la marrana, que pensaba ella de lo de las monedas y lo demás y me dijo – Es que yo la quería mucho, y ella también me quería, por eso me dejó las monedas, inclusive decían unos rancheros que por donde yo llevaba a pastar a las chivas andaba el fantasma de la marrana, y que por la noches de Viernes Santo se veía una lumbre muy grande por esos rumbos, y que por ahí estaba la relación y que el fantasma de la marrana le apuntaba para donde se encontraba. Mi cuñado cada año decía que iba a ir en Viernes Santo a traerla con sus primos, pero empezaban con un trago bajo el mezquite para darse valor y terminaban tirados de borrachos bajo el pirul, y cada año así.

Saliendo de la casita de adobe, ya para regresar, el aire del desierto era cristalino y deslumbrante como siempre, miré hacia el cielo, azul intenso, sólo había una nube ahí a lo lejos, la miré, luego la miré otra vez, tenía forma de cochino.